

Las dos caras de la aldea global

Enrique Bernales

La globalización es un fenómeno de contracción espacial que aproxima a las naciones, pero también un proceso de estrechamiento del poder de los estados frente a las grandes transnacionales. Las fronteras se difuminan y las culturas se entremezclan en un proceso de homogeneización frente al cual irrumpen inútilmente tardíos nacionalismos.

La teleinformática y la vía satélite aceleran las comunicaciones y aproximan a las regiones. Se produce una interconexión mundial que permite a todos conocer con mayor rapidez lo que sucede al otro lado del planeta. La tecnología hace posible, por ejemplo, que el mundo presencie en tiempo real las protestas estudiantiles en una plaza de Beijing, el bombardeo aéreo a Bagdad, la violencia desatada en Argentina y la colisión de dos aviones contra el centro del comercio mundial en Nueva York. La aldea

global, de pronto, se nos acerca como una realidad bifronte: esperanzadora en lo que tiene de integración e interculturalidad, pero amenazante en sus ondas expansivas de empobrecimiento o destrucción.

En este contexto sucedieron los ataques terroristas del 11 de setiembre del 2001. A fines del siglo XX la libertad como sistema político y económico había ganado terreno frente a los totalitarismos de izquierda que se habían desmoronado como las fichas de un juego de dominó. La caída del muro de Berlín nos colocó frente a una aldea global en la cual la libertad era el eje de la vida social.

Tras el fin de la Guerra Fría, Occidente fue conquistado por un nuevo paradigma: el de un mercado global en el marco de una civilización esencialmente libre y democrática. El choque de civilizaciones de Huntington no fue más que una teoría

remota. La intervención norteamericana en el mundo islámico se reducía a la alianza o la invasión directa en un juego de políticas y escaramuzas. El conflicto palestino-israelí configura las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y el mundo árabe. Pero los problemas de Occidente eran otros; más precisamente, a América Latina le importaban sus propias pobreza y zozobras políticas. El mundo islámico, con sus complejos vericuetos, era remoto a sus estudios e intereses.

De repente, todo pareció no ser. El 11 de setiembre ensombreció al mundo. En la agenda de los gobiernos y en la prioridad de los medios el terrorismo internacional apareció como un fenómeno sucedáneo de la globalización. El miedo no solo alcanzó a los neoyorquinos sino que estremeció los cimientos sociales desde Canadá hasta el extremo sur de América, desde el Ecuador hasta el sudeste asiático. Cada nación se vio involucrada. No era el conflicto con un Estado sino con un grupo extremista que desafió no solo a los Estados Unidos sino a toda una civilización.

La tecnología hace posible que el mundo presencie en tiempo real las protestas estudiantiles en una plaza de Beijing, el bombardeo aéreo a Bagdad, la violencia desatada en Argentina y la colisión de dos aviones contra el centro del comercio mundial en Nueva York.

Enrique Bernales es miembro de la Comisión de la Verdad y Reconciliación.

Desde entonces la libertad ciudadana ha sido amenazada. La violencia criminal de Al Qaeda provocó que los estados incrementasen sus medidas de seguridad. Nuevos artificios y elaboradas prácticas de vigilancia y control amedrentan a poblaciones enteras que no logran despercudirse de las terribles imágenes de ese terror que la televisión hizo a todos compartir. Los derechos humanos no solo se hicieron vulnerables frente a la posibilidad de un atentado terrorista, sino también frente a las restricciones impuestas por los estados.

El terrorismo internacional es complejo; involucra tráfico de armas, mercados negros, redes mundiales secretas. De pronto, cualquier fanático fundamentalista con objetivos destructivos puede ingresar subrepticamente a los Estados Unidos. Frente a ello, los controles migratorios crecen y las posibilidades de ingreso o permanencia de latinoamericanos se estrechan. El gobierno norteamericano extiende la mirada y repara en que las FARC en Colombia o Sendero Luminoso en el Perú son las caras de una misma moneda. En Washington se traza en el mapa un eje del mal.

El maniqueísmo entra a formar parte de la esencia de la política. El bien y el mal adquieren dimensiones geopolíticas.

Los acontecimientos del 2001 fueron reconfigurando las relaciones internacionales del mundo moderno, pero en su real dimensión no implican una nueva bipolaridad sino la vulnerabilidad del mundo occidental frente a la amenaza de un adversario desconocido hasta ahora. Un enemigo oculto apunta a los Estados Unidos o quizá a otras naciones. La amenaza bacteriológica o nuclear, la espantosa posibilidad de que un avión dirigido estalle en medio de una ciudad, son pesadillas que llaman al miedo no solo en las grandes urbes sino también en los países periféricos. La violencia en gran escala puede tener efectos psicológicos, pero también nefastos impactos sociales y económicos.

Si bien los actos terroristas en Nueva York no generaron mayores daños a la economía peruana ni desequilibrios sociales inmediatos, las consecuencias se relacionan con las expectativas de terror, con lo que mediatamente el miedo de los círculos de poder norteamericano determine en el esquema de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Por tales razones, los peruanos viven como antes y capturados por problemas internos, pero atisbando sigilosamente a un mundo que a golpes de terror puede descomponerse y afectar las posibilidades, siempre volátiles, del desarrollo nacional. ▲

